

Carlos Altamirano

Cómo se fugó de Chile el '73

En esta entrevista, el ex senador socialista habla de su escapada de Chile y responde a quienes le atribuyen haber gatillado el golpe de estado al llamar a insubordinar a la Armada. Su relato integra el libro "Las últimas horas de Allende", de Alfredo Barra, que aparece en estos días.

La derecha política le atribuye en gran medida a Carlos Altamirano Orrego el haber llevado a las Fuerzas Armadas a romper la tradición democrática del país por los excesos a los que incitó a la izquierda revolucionaria, sin que ni el propio Allende se atreviera a pararlo. Este personaje, desde su condición de secretario general del Partido Socialista, infiltró a la Armada para descabezar a la oficialidad que ya, en un período de gran tensión, dividía a los mandos entre jóvenes que se sentían cautivados por la idea de formar parte de la revolución popular y mandos superiores que habían optado por sacar a Allende del poder de cualquier forma.

No en vano, cuando las Fuerzas Armadas tomaron el control del gobierno, fue Carlos Altamirano quien, en su calidad de principal líder de la izquierda, encabezó la lista de los más buscados para su detención y enjuiciamiento por los tribunales de guerra que estaban funcionando. Se le declaró entonces "Enemigo público N° 1 de Chile", y en esa condición y con el fin de detenerlo, no se dejó puerta sin tocar; vehículo sin inspeccionar; puertos ni fronteras sin controlar.

Sin embargo, fue precisamente por la frontera hacia Argentina que escapó Altamirano con la complicidad de funcionarios de la Alemania de Hoeneker; luego de sufrir el rechazo de numerosos compañeros del socialismo que, temerosos de lo que podía ocurrir con sus familias, se negaron a ocultarlo en sus hogares. Estaba atrapado, acosado, sin salida y probablemente con un grado de temor que, por decoro, no confidenciaré nunca a nadie. Gracias a otros conocidos, más leales y audaces, el hombre más buscado pudo permanecer encubierto en Santiago durante más de 40 días.

-Veintiseis años después, ¿qué sensación experimenta quien se sabe atrapado por sus enemigos y rechazado por sus amigos?

(Un prolongado silencio da paso a la pregunta. La respuesta viene después con un dejo de molestia).

-Cuando viene el golpe y aparezco luego en eso, el problema es salvar la vida. Así es que estar en la lista como número uno, dos o cuatro no me comprometía mayormente ni me creaba mayores problemas. Después, el asunto era exclusivamente ideológico.

Esta entrevista con Carlos Altamirano tuvo lugar el 6 de enero de 1999, en su parcela de La Florida, propiedad de murallón largo y portón alto como fachada y dentro una amplia vegetación de gran hermosura. Cinco mil metros cuadrados plenos de flores y arbustos artísticamente ubicados, con cerros precordilleranos en la falda que abarcan

toda la vista, en una tarde de sol muy fuerte, pero que allí se percibía benignamente.

Es la misma residencia que un grupo de profesionales y políticos amigos -de los pocos que le quedaron en Chile- comenzaron a construirle y prepararle, anticipando su llegada desde París, 18 años después de su escapada por la Cordillera de los Andes.

El mismo me recibe, presionando el botón del portón eléctrico, y luego me hace pasar a una sala-biblioteca que, por los títulos del material ubicados meticulosamente en estanterías de arriba a abajo, producen la impresión de estar en la residencia de un intelectual de mundo. Su contestación a la primera pregunta sobre



El martes 11, alrededor de las 6 y media de la mañana, fue la última vez que Carlos Altamirano habló con Allende.

acoso y deslealtades requiere necesariamente de una repregunta adaratoria.

-¿Cree que su furiosa búsqueda era exclusivamente por razones ideológicas?

-La derecha y los militares sabían muy bien que yo había sido una persona absolutamente pobre y ellos durante meses me investigaron hasta la última cuenta mía, de mis hijos y de mi mujer. Ellos debían haberse dado cuenta de que no había robado y haber dicho: "Mire, ésta es una persona absolutamente honesta".

-¿Sobre su conciencia, no pesaba nada?

-Nada. Sobre mi gobierno, el de Salvador Allende, nadie había sido torturado, asesinado o desaparecido. Así que yo no era responsable de ningún crimen.

-¿Ni de acciones políticas con resultados de muerte...?

-Puede que haya sido responsable de acciones políticas, algunas correctas, otras incorrectas; pero si fui conside-

rado "Enemigo público N° 1" por determinadas posiciones políticas, eso fue porque habían mentalidades afebradas, ¿o no? Yo no voy a acusar hoy día al señor Longueira de "Enemigo público N° 1" por la forma en que aparece en la TV, gesticulando de la manera que lo hace, pero la forma de defender su posición política es exagerada.

-¿Entonces, la condición que se le dio del "más buscado de Chile" obedece, para usted, sólo a "mentes afebradas"?

-¡Yo fui considerado enemigo público por mi posición política y no por ser desalmado, ladrón, delincuente ni criminal, ni haber incitado al crimen!

En su respuesta hay cólera. Habla golpeado y acciona su brazo derecho para

fondo, que las cosas hayan tenido que ocurrir necesariamente como se dieron.

-¿Cómo tendrían que haberse dado?
-No necesariamente tuvo que ocurrir una revolución en Francia en 1789 ni una revolución bolchevique en Rusia el año 17. Tal vez hubo circunstancias en las que cabían otras opciones, otras alternativas. Por eso le pregunto, ¿qué sentido tiene hoy día especular si Luis XVI hubiera hecho tal o cual cosa? El hecho concreto es que hubo una revolución.

-¿En Chile también existieron opciones para evitar el desastre?

-Todo es hipotético, aunque lo concreto es que el 11 de septiembre de 1973 hubo en Chile un golpe de Estado, y que los que lo produjeron sostienen que fueron llamados por la ciudadanía para poner orden. Nosotros, los otros, creemos que hablar así de un sistema constitucional es una verdadera estupidez.

-Las versiones más oficiales aseguran que la decisión de derrocar a Allende nació de un llamado sedicioso suyo, el 9 de septiembre, para insubordinar a la Armada. ¿Cuál es su versión?

-Esa es una de las tantas afirmaciones que no tienen otro término que el de "estúpido". Es una afirmación sin base.

-¿Puede fundamentarlo?

-Mi discurso fue el día 9 de septiembre y el golpe se produjo horas después. ¿Puede imaginarse que alguien que use la razón piense que sólo horas más tarde pueda ponerse en práctica un golpe de Estado? Cualquiera que medite un segundo y que algo haya leído sobre organización, sabe que eso es imposible. El mismo señor Pinochet ha dicho que más de un año antes ya había estado planificando un golpe de Estado.

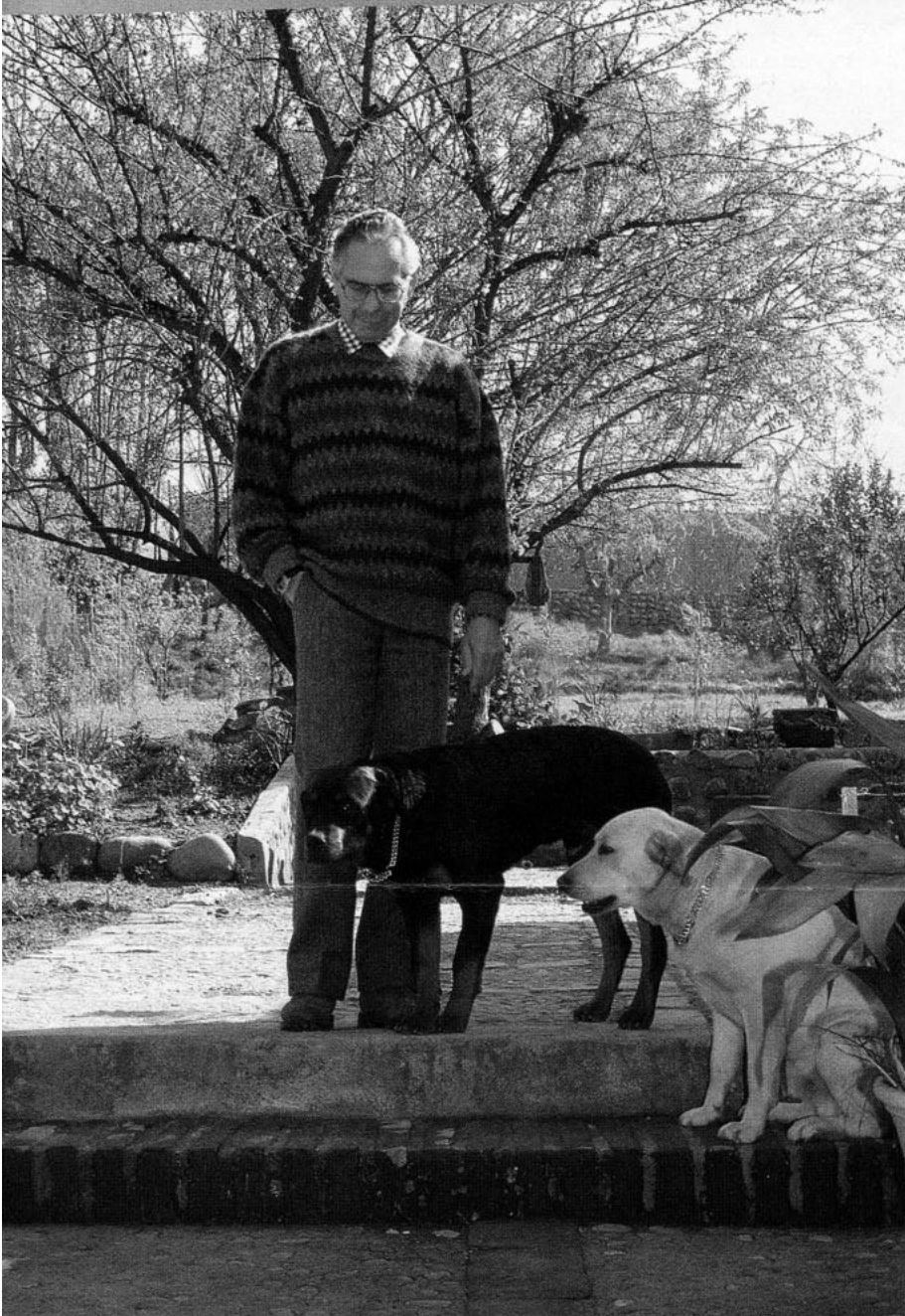
-¿Tal vez, un golpe que se quería evitar y que gatillaron sus propias palabras?

-Todos los autores del golpe declararon que hacía ocho meses y un año que lo estaban preparando. La gente cree lo que quiere creer: Es la pobreza intelectual atroz de este país. El tipo de argumentos que se dan son repetidos como el papagayo, porque conviene a ciertas personas. Este país vive en una burbuja. La confabulación contra el comunismo mundial ha creado falsas imágenes. Durante 20 años los medios de comunicación de este país han entregado informaciones parciales de la auténtica realidad que se vive dentro y afuera. Aquí no hay debates, no hay discusiones.

Sus actividades entre el 10 y el 11

-Aunque ya me ha comentado que le disgusta el tema, ¿recuerda qué hizo el día 10 de septiembre de 1973?

(Sigue) 83



Altamirano, en la casa donde vive hoy, en una parcela de La Florida, retirado de la contigencia política.

-Ese día estuve en reuniones permanentes en distintos lugares con miembros de la dirección política y del propio gobierno. Estuve recabando información que emanaba del gobierno, de Investigaciones y de los propios militares, pues sabía que ya estaba en marcha el golpe.

-¿Esa noche recibió algún aviso especial sobre que el golpe venía?

-Sólo eran rumores y conjeturas a raíz de los informes que recibía de Los Andes, de lo que pasaba en los regimientos de Valparaíso y en todos los cuarteles del país.

-¿Dónde durmió la noche del 10?

-En mi casa.

-¿Dónde...?

-En Vitacura.

-¿Cómo se enteró el día 11 del levantamiento armado?

-Alrededor de las cinco o seis y media de la mañana, no recuerdo bien. Me llamó un compañero para informarme que el golpe ya estaba en marcha y que iban regimientos hacia La Moneda.

-¿Qué hizo?

-Llamé de inmediato al Presidente Allende, que estaba en Tomás Moro, y me confirmó que así era. Me comentó que en ese minuto se estaba vistiendo para dirigirse a La Moneda.

-¿Usted hizo lo mismo?

-No. La idea acordada con los compañeros del partido era reunirnos en la industria Mademsa, pero las cosas no

se dieron como estaban previstas.

-¿Cómo se dieron?

-Yo esperé en vano que alguno de los seis compañeros encargados de mi seguridad pasaran a buscarme, cosa que no ocurrió. Más tarde me enteraría que todos ellos, según creo, estuvieron en una fiesta hasta tarde y no se habrían enterado de lo que estaba aconteciendo.

-¿Qué decidió entonces?

-Llamé a mi compañero Carlos Lazo (presidente del Banco del Estado) para que me pasara a buscar en su auto, ya que el mío era fácilmente identificable. Y así lo hizo.

-¿Fue a Mademsa a reunirse con los suyos?

-No, en ese momento cambié de opinión. Nos dirigimos a la CORMU (Corporación de Mejoramiento Urbano), porque por teléfono le había pedido a los miembros de la comisión política del partido que nos reuniéramos en ese lugar. Ahí me encontré con Hernán del Canto, con Adonis Sepúlveda, Amoldo Camú, Rolando Calderón... y con otros 15 o 20 compañeros de la dirección del partido.

-¿Cuáles fueron las instrucciones que impartió para responder al golpe?

-En ese minuto, ninguna.

-¿...Tampoco a quienes comandaban los cordones industriales?

-La información que nos llegó fue que las calles y avenidas estaban totalmente copadas, las fábricas rodeadas y las ciudades del país cubiertas, así es que no había absolutamente nada que hacer.

-¿Me quiere decir que la izquierda no estaba preparada para repeler un ataque!?

-Le digo que nada se dio como estaba previsto. Los operativos no funcionaron. Son muchos los que deberían haber respondido por eso.

-¿Así es que no hubo resistencia...?

-No la hubo.

-¿Ni una batalla?

-Eso es un cuento absoluto, que también forma parte de la mitología.

-¿La izquierda no estaba armada?

-Era un armamento mínimo, casero, algo artesanal. El único partido que tenía "algo más", era el mío, los socialistas.

-¿Qué tanto más?

-Teníamos armas en un sentido importante del término "armas". Pero eran como las que tenían todos en sus casas: armas corrientes, sin capacidad de tiro. Eso no existía entre nosotros.

-¿Usted sabía disparar?

-Siempre he sabido disparar.

-¿Practicaba con regularidad?

-No tanto. En el campo, cuando vivía con mis padres y hermanos, siempre salíamos a cazar; así que tenía cierta familiaridad con las armas, pero nunca me adiestré con ellas ni nunca he pretendido salir con una.

-¿En qué momento fue su última conversación con Allende?

-Ese día 11, alrededor de las seis y media de la mañana.

-¿Sólo una conversación ese día?

-Sí, por teléfono.

-¿Existió algún otro plan para defender a Allende?

-Antes que las calles estuvieran copadas y La Moneda rodeada, discutimos con el Comité Central, en la CORMU, la posibilidad de rescatar al Presidente en una operación armada. La idea era que participaran cuatro o cinco vehículos para sacar a Allende del Palacio, y para ese efecto se encomendó a Hernán del Canto a que fuera a plantearse.

-¿Cuál fue el resultado de la gestión?

-Infructuosa. Del Canto nos hizo ver que no existía ninguna posibilidad de sacar de allí al Presidente mediante una acción armada. Además, el ya había señalado en días anteriores que defendería con su vida el mandato constitucional, así es que se quedaría en La Moneda.

-¿Cuando todas las iniciativas de repeler el ataque ya se habían desplomado, pensó en usted y su familia?

-Cuando salí esa mañana, mi mujer se había quedado en la casa, pero con las instrucciones que al poco rato se iría donde una amiga demócratacristiana, cosa que hizo.

-¿Y sus hijos?

-Afortunadamente, ninguno de los tres estaba en Chile, de modo que era una preocupación menos. En cuanto a mis padres (Carlos y Sara), eran gente reconocidamente de derecha, de modo que no tenía temor por ellos. Mi padre estaba jubilado y tenía cerca de 80 años. Nunca se les molestó y, es más: vivían en el mismo edificio de ese general de aviación de la Junta (Gustavo Leigh Guzmán).

-¿Qué pasó con el gran número de oficiales de las Fuerzas Armadas que usted aseguraba que defenderían a la Unidad Popular? ¿O era tan falso como la acción avasalladora que emprenderían los cordones industriales?

-Siempre se nos entregó una información positiva de que había una alta gama de oficiales de las FFAA. que permanecerían leales al gobierno constitucional, cosa que tampoco funcionó en la práctica.

-¿No habrá sido una estrategia de los militares y en la que cayeron los socialistas?

-Si las informaciones que se tenían con gente de Carabineros, del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, casi todas concluían que ante un eventual golpe saldrían en defensa del gobierno, era para creerlo. Ahora, es posible que muchas de esas indicaciones hubiesen

sido falsas, poco honestas.

-¿Qué me dice del Plan Zeta, por el que se pretendía asesinar a los altos mandos militares durante la Preparatoria de ese septiembre?

-Es una historia de una falsedad absoluta. Si no existió una coordinación ni una voluntad de defensa para oponerse al golpe, ¿cómo pudo existir otro plan más audaz? Eso cualquiera lo entiende después de los hechos vividos.

-Y si los comunistas o grupos extremos como el MIR o la VOP hubieran estado tras ese plan, ¿es posible que usted lo hubiese ignorado?

-Yo conocí bien a la gente del MIR y le puedo asegurar que, tanto a ellos como a los sectores que representaban posiciones más extremas, nunca se les pasó por la mente idear un plan tan descabellado como éste. Es invento de algún deformado cerebral.

-...Pero el Partido Socialista tenía gente armada para salir a la calle, ¿o también es un invento?

-Sí, había gente armada, pero la mínima.

-¿A qué número se refiere?

-...A unas mil a mil 500 personas. Pero su armamento era liviano y jamás podría haber llegado a competir con el de un ejército profesional.

-Cuando vio todo consumado, ¿dónde se alojó usted la noche del 11 de septiembre?

-Me cobijé primero en la casa de un compañero del Partido Socialista, en San Miguel, pero al rato debí huir de allí ante el asedio de soldados y helicópteros que se escuchaban muy cercanos.

-¿Quién era ese compañero?

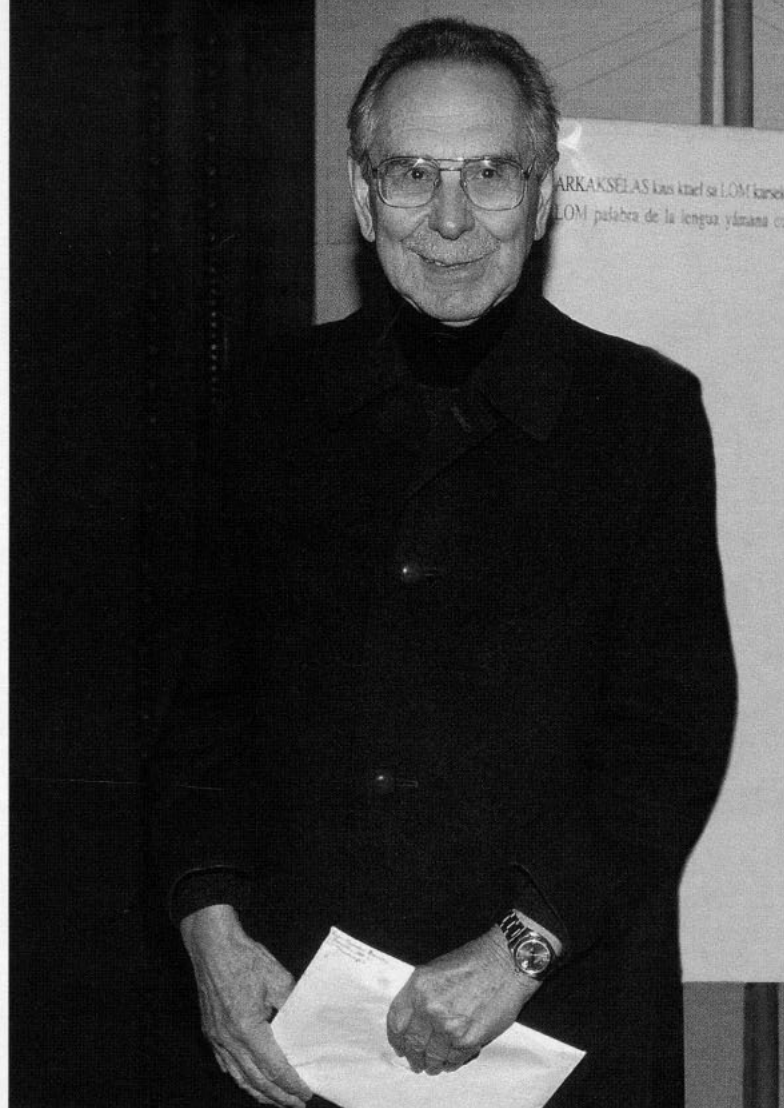
-Tenía apellido de familia muy distinguida. Era José Pedro Astaburuaga. Me advirtió del peligro que aumentaba a ratos, mientras se pedía por la radio que me presentara al Ministerio de Defensa. Astaburuaga se ofreció a llevarme a la casa de otro compañero socialista que vivía a pocas cuadras de allí, y así lo hicimos. Al llegar, un matrimonio joven con dos hijos pequeños me ofreció un dormitorio muy modesto con una cama y un velador, y una ventana que fue cubierta con cortinas gruesas para impedir que alguien me descubriera desde afuera.

-¿Qué hizo al día siguiente?

-Buscar refugio en otro lado. Entonces debí abandonar mi auto, un Fiat 600, un modesto auto, porque ya estaba identificado. Así, fui pasando de una casa a otra donde pudieran alojarme. Sólo entonces, en esa situación de desamparo, comencé a tomar conciencia de la tragedia que se estaba viviendo.

La fuga

-Se comentó inicialmente que usted



A dictar charlas y conferencias está dedicado hoy el ex senador del PS.

había huido de Chile en una embarcación de la Armada. Después se dijo que lo había hecho por la frontera hacia Argentina. ¿Cuál es la verdad de su fuga?

-Lo hice por el paso Los Libertadores hacia Mendoza.

-¿En qué circunstancias se produjo?

-Había transcurrido casi un mes y medio de estar oculto en una y otra parte, cuando la propia dirección del partido me hizo ver la conveniencia de salir del país a la brevedad, por cuanto las persecuciones que se hacían contra los compañeros era porque no podían dar con mi paradero.

-¿Quién arregló su salida?

-Un amigo intercedió con un representante de la embajada de la República Democrática Alemana para que se me sacara en la maleta del auto de esa representación diplomática.

-¿Cuándo y cómo se produjo?

-Fue cuando llevaba como 46 días en la clandestinidad. Se escogió un auto grande, con una ancha maleta, donde me oculté al fondo de ella.

-¿Así no más?

-Era incómodo y asfixiante, porque el espacio vacío se rellenó con una serie de productos farmacéuticos, hasta el tope, de modo que el chofer del coche se hizo pasar por un vendedor de remedios.

-¿Algún gendarme estaba en concimitancia con ustedes?

-Nadie.

-¿Fue revisado el auto en la frontera?

-Por supuesto. Pero los guardias y los inspectores sólo vieron productos farmacéuticos. Por fuera se apreciaba una maleta llena de productos. Por suerte nadie escarbó más de la cuenta. Había sido un día de mucha tensión y quería que eso concluyera. Quería una tregua. Estaba muy cansado. Agotado.

-¿Qué sintió una vez que traspusieron la frontera?

-Tuve una gran sensación de alivio y una alegría inmensa. La incomodidad en que me encontraba me hizo pedirle al chofer que me permitiera sentarme adelante con él. Sin embargo, me advirtió del peligro de que alguien pudiera reconocerme, de modo que proseguí el viaje en esa forma.

-¿Y luego, qué?

-En las afueras de Mendoza estuve refugiado en las primeras horas en un modesto motel. Allí me acompañó el ex embajador de la RDA en Chile, quien había viajado desde Berlín para esta misión.

-¿Estuvo nada más que en Mendoza?

-Eso fue el primer día. Más tarde viajamos por tierra, los tres, hasta Buenos Aires, pero ya había abandonado mi caja mortuoria y ellos no tuvieron inconveniente en que me sentara dentro del coche. En Buenos Aires me alojaron en la casa de otro alto funcionario alemán, que estuvo siempre muy custodiada, y en la que debía hacer mi vida en una pieza. Allí estuve tres o cuatro días. Me paseaba, pensaba.

-¿Qué ocurrió más tarde?

-Al cuarto día se me entregó un pasaporte argentino y me embarqué en un avión a Berlín. Yo estaba mal de salud y de ánimo. Pesaba como 57 kilos.

-Lejos de la persecución, ¿respiró tranquilidad?

-No del todo.

Su vida actual

-¿Cómo es el Altamirano de hoy?

-Eso tendría que preguntárselo a otro, sea mi amigo o no. Es difícil para uno describir los cambios sustantivos que han habido entre el Carlos Altamirano de hace 26 años con el de ahora. Yo cumpliré 79 años el 18 de diciembre (hoy tiene 80) y puedo hablar algo de mis transformaciones en el plano intelectual y tal vez en el plano ideológico. Pero...

-Cuando regresó, ¿qué había ocurrido con sus amistades de hacía 20 años?

-Lamentablemente, una parte importante de ellas estaban en el cementerio; otro número había estado o se había quedado en el exilio; el otro tercio había permanecido en el país. De cualquier modo, mis amistades de antaño, mis amigos verdaderos, se habían reducido sustancialmente. Pero es un panorama que se ha ido recomponiendo, lo que ha significado una readaptación.

-¿Y de sus hijos?

-Como ha ocurrido con todos los exiliados, mi familia ha quedado dispersa por el mundo. Una hija mía se casó con un importante crítico de arte en Inglaterra y vive en Londres. Es Alejandra, "la inglesa", como le digo yo. Otra hija vive en México, y ésta es "la mexicana", Francisca. Mi tercer hijo, Carlos, vive en Chile. No me pregunte de edades, pero creo que ellos deben estar fluctuando entre los 40 y 50 años.

-¿De qué vive hoy y cómo llena su existencia el hombre fuerte y más temido del régimen de la Unidad popular?

-¿Temido? Yo simplemente soy un chivo expiatorio de un momento histórico con tantas mentiras y verdades a medias.

-...¿Qué hace? ¿A qué se dedica?

-Mi centro de operaciones es esta parcela en que vivo. Aquí preparo y dicto charlas en Chile y concurro invitado con gran regularidad a Europa, donde doy conferencias. Un amigo mío me consiguió una jubilación como abogado que, sumada a una pensión francesa como investigador del Centre Nationale de Recherche -donde trabajé hasta que cumplí los 65 años-, significan alrededor de mil 200 dólares. Es aquí y así como hoy transcurre mi existencia, y no me quejo. ■